

decir, en la historia de la poesía, que en la actualidad de las noticias literarias coyunturales. Lo aparatoso en poesía, como ocurre con los electrodomésticos o los modelos novísimos de ordenador, envejece pronto. La lección de los maestros establece el diálogo, y los deseos de ruptura, en la tradición, en ese fluido que va más allá de lo noticioso, o de los juegos estrechos de las lecturas generacionales, que quieren parcelar la historia de la poesía en cortes de quince años, como si se tratase de una urbanización de casitas adosadas.

A.G: Antonio Machado es mi ejemplo de lectura con la tradición. Vuelvo mucho a él. Después de las tormentas, las alteraciones, las noticias pasajeras, Machado sigue demostrando la validez sólida de una poesía que se acerca a la vida y que nos convence de la utilidad de las palabras. La realidad se llena de significación, las descripciones más sencillas se cargan de emoción y de sentido.

L.G.M: La lectura de los maestros, de los grandes nombres, resulta fundamental. No hay mayor tontería que el deseo de ser original a través del desconocimiento de la tradición. Pero a veces resulta también muy útil el ejemplo de los hermanos mayores, de los poetas en activo, que no pertenecen todavía a la Historia Literaria con mayúscula, pero que ya tienen una voz hecha. Los hermanos mayores mezclan el magisterio con la cercanía, viven nuestro propio tiempo, y son una ventana abierta al mundo. Una ventana elegida, porque ya existe una perspectiva notable desde la que uno elige mirar la realidad con confianza.

A.G: Ese apoyo lo encontré en Gabriel Celaya. Primero porque Gabriel tenía un conocimiento muy serio de la poesía. Se tiene de él una imagen falsa cuando se le identifica sólo con la poesía superficial, panfletaria, social. Gabriel era un gran ensayista. Sus libros de ensayo, sus trabajos sobre San Juan de la Cruz, o sobre Bécquer, son muy brillantes y muy profundos. Además, en algunos de sus libros, sobre todo en los de Juan de Leceta, consiguió elaborar un lenguaje urbano, tan necesario en la tradición española, que apostaba por lo coloquial, por la naturalidad, por lo irónico. En España la poesía realista se perdía en el casticismo, en lo pintoresco, en lo regional. Celaya, siguiendo quizá a Machado,

consiguió un tono coloquial urbano, adecuado para expresar los pensamientos morales del poeta. Siempre he reconocido la deuda que yo y otros poetas de mi generación tenemos con Gabriel Celaya.

L.G.M: Es la deuda que yo tengo con los poetas del 50, con tu grupo poético. Con Paco Brines, con Caballero Bonald, con Goytisolo, con Barral, y sobre todo, en mi caso, contigo y con Jaime Gil de Biedma. Algo así como la lección de Machado y de Cernuda traída a mi tiempo, o que se quedaba en las puertas de mi tiempo. Me resultaba fácil identificarla con mis calles, con mi habitación, con mi ventanilla de autobús. Es la lección que se encarna en una verdadera educación sentimental. Como siempre he tenido una clara voluntad política, y como la dictadura en sus últimos coletazos animaba de manera rotunda al compromiso político, me moví desde muy joven en un ambiente proclive a los panfletos líricos, algo que me horroriza, por su patetismo y por la estafa que supone justificar un mal poema con una buena idea. La solución contraria tampoco me tranquilizaba. Debido a la mala poesía social, hubo quien reivindicó el esteticismo más radical como único camino de calidad poética, renunciando a una parte muy importante de la poesía moderna. La necesidad de unir vinculación política y amor por la buena poesía me la enseñó Alberti. Cada vez que recitaba a Garcilaso o a Góngora, se le iluminaba la cara. Rafael contagiaba amor por la poesía, aunque su militancia estuviese fuera de toda duda. Sin embargo, el modo personal de vivir ese amor y ese compromiso lo encontré en vosotros, unos excelentes hermanos mayores. La poesía política convertida en conciencia crítica y en indagación de la propia educación sentimental, de la propia elaboración de los sentimientos, de la propia experiencia histórica que se enreda en la subjetividad. Y una palabra empeñada en crear sentido a ras de piel, alejada de cualquier dogmatismo esencial. En una cultura oficial del sacrificio y la culpa, invitabais a la felicidad y a la vida.

A.G: Bueno, me temo que quieres decir que también has heredado de nosotros el gusto por las copas y por las noches...

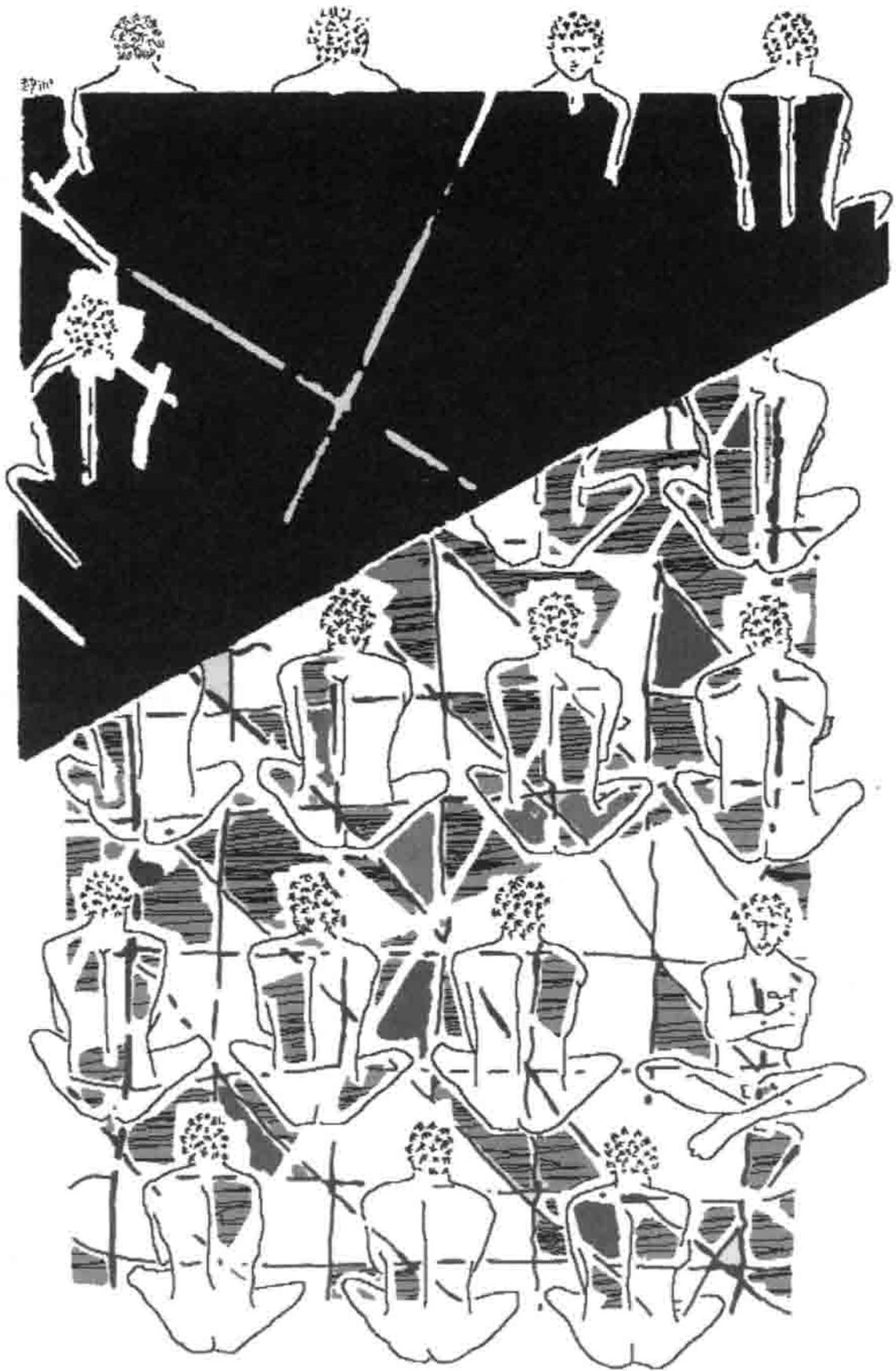
L.G.M: Pues vamos a llenar. ¿Por quién brindamos?

A.G: Por Machado, y por Juan Ramón, y por Lorca, y por Alberti, y por Jaime...

L.G.M: Y por Neruda y por Borges.

A.G : Y por César Vallejo.

L.G.M: Y por ti ☺



*Un lugar en este mundo. P. Pino*